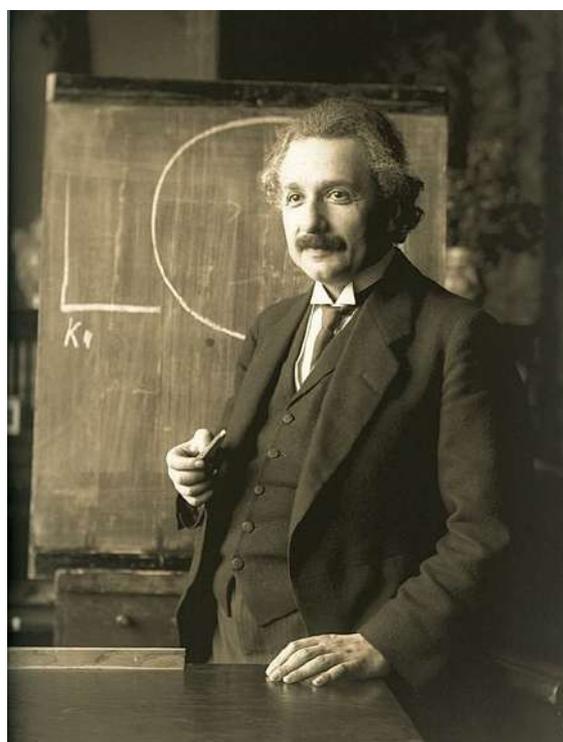


# MERODEOS, INDAGACIONES Y CURIOSIDADES

José María CORELLA IRAIZOZ

Albert Einstein fue autor de una frase que suena a humorada, ocurrencia o salida de tono: "No tengo talentos especiales, pero sí soy profundamente curioso". Podría quedar enmarcada en lo que los franceses califican con el sustantivo *boutade*, pero es innegable que uno de los secretos de la vida consiste precisamente en saber mantener activa la curiosidad. De hecho, gracias a ella se aprenden cosas, se cosecha alguna que otra sorpresa y se llega a desvelar algún misterio. Ahora bien, no hay que echar en olvido que, como ya llamó la atención el gran novelista portugués José María Eça de Queiroz, "la curiosidad por un lado lleva a escuchar detrás de las puertas y por otro a descubrir América". Buena advertencia, pues hay una curiosidad malsana (esa que estira la oreja en busca de cotilleos, chismes y habladurías) y otra curiosidad, tan benéfica como recomendable, que apoyándose en la lectura y el estudio merodea por nublados vericuetos de verdades reales o legendarias, indaga turbias y sabrosas patrañas, explora pasmosas costumbres, detecta sorprendentes creencias o descifra fantásticas supersticiones.

Entre las anotaciones que tengo recogidas al respecto ahí está, por ejemplo, la que se refiere al número 13. Este número comúnmente va unido a un extraño poder que concita mala suerte. Es creencia muy antigua y, de manera casi general, se asegura que surgió al reparar que en la Última Cena hubo 13 comensales (Jesús más sus doce discípulos) y que uno de ellos —Judas— era un vil traidor. Se habla de que tal presagio data de la Edad Media, pero la supersticiosa reluctancia que tanta gente tiene al número 13 (hoteles hay por esos mundos de Dios que la habitación número 13 aparece marcada como 12+1) parece ser que tiene otra génesis. Hasta donde se ha podido rastrear, todo apunta a tener su fundamento en una leyenda mitológica noruega. En ella se narra que doce dioses celebraron un banquete al que Loki, dios de la Discordia, no fue invitado. Enterado del acto se presentó de inmediato y, enfurecido, echó en cara a los comensales no haber contado con él para el festín. Se provocó entonces una enconadísima querrela y, para desesperación de Odín (jefe de los dioses), el altercado fue subiendo de tono hasta abocar a una feroz lucha en la que Loki mató a uno de los dioses, llamado Balder. Sobre los doce desconcertados asistentes a la comi-



Albert Einstein en 1921.

da, el vil asesino portador de discordia y muerte era el decimotercero, y la mala fortuna quedó así asociada al número 13.



El dios Loki condenado.

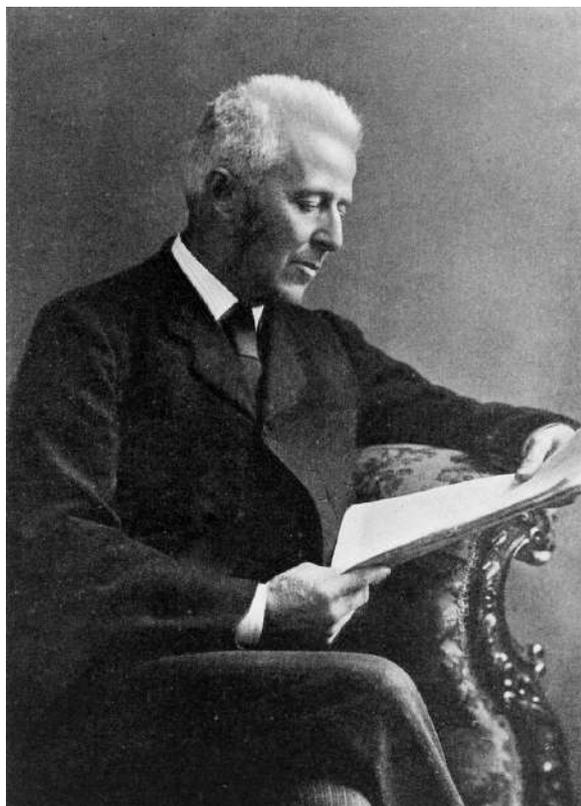
No deja de ser llamativo que la mayoría de las supersticiones giren en torno a ridículas y chocantes, si no estúpidas, interpretaciones de carácter religioso. Ahí está, como botón de muestra, el frontal rechazo que provoca en más de uno pasar bajo una escalera de mano apoyada en la pared. El repudio no se debe a precaución alguna en evitación de que pueda caer una herramienta o un bote de pintura cuando se pasa bajo la escalera, pues que haya o no haya encaramado en ella algún operario o trabajador aplicado a su faena poco importa. Esta chusca superstición sí que apareció en la Edad Media y se debió a creer que el hecho de pasar bajo una escalera suponía romper el triángulo que esta forma con la pared y el suelo. Parece una tontería, pero es que al romperlo... ¡se rompía y destrozaba el sagrado símbolo de la Trinidad! Áteme usted esa mosca por el rabo, pero en aquella sociedad tan fideísta a ver quién era el guapo que se atrevía a cometer una impiedad, irreverencia o profanación de tal calibre. Milagro fue que no resultase penada con un fulminante decreto de excomunión (*anatema sit!*).

Otras veces, el desconocimiento hace suponer que ciertos ritos, costumbres, prácticas, tradiciones, hábitos, modos y usos, han sido siempre como se aprecian o realizan coetáneamente, llevando a conferir a algunas cosas el carácter de la inmutabilidad. Ejemplo de tal estabilidad puede ser la práctica consistente en emitir una *fumata bianca* para anunciar la elección del nuevo Papa.

La tradición del anuncio por medio de una humareda se remonta, en efecto, a un remoto pasado; pero en un principio no se hacía distinción alguna entre humo negro y humo blanco, como se ejecuta ahora. El significado negativo o positivo de las votaciones se daba a conocer por la magnitud y no por el color de la fumarada. Dicho de otra manera: si la voluta de la nube emitida era grande y abundante, significaba que en la votación realizada no se había alcanzado el número suficiente de votos para resultar elegido nuevo Papa; por el contrario, si por la chimenea de la Capilla Sixtina salía una pequeña brizna de humo, casi imperceptible, era anuncio de que un nuevo Pontífice acababa de ser elegido. Este sistema, basado en la emisión de una mayor o menor cantidad de humo, durante años dio origen a abundantes confusiones, pues por parte de los fieles que aguardaban ansiosos el anuncio se prestaba a una interpretación muy subjetiva. Para remediarlo se acordó que la quema de las papeletas utilizadas por los cardenales en la elección se hiciera, en caso negativo, mezclándolas con paja húmeda para producir abundante humo negro y, en caso positivo, sin mezcla alguna para obtener un humo blanco-grisáceo. El procedimiento funcionó mal que bien durante bastante tiempo. Cuando se procedió a la elección de Juan XXIII, la comunicación que anunciaba el *habemus Papam!* se hizo por medio de un mínima voluta de humo grisáceo y el pueblo reunido en la plaza de San Pedro creyó, desencantado, que aún no se había elegido nuevo Pontífice. Esto llevó a que en 1963, con motivo de la elección de Paulo VI, se acordara "perfeccionar definitivamente" el asunto. Apostando por lo inequívoco y seguro, las votaciones negativas o positivas en la elección de nuevo Pontífice se anuncian echando mano de bombas de humo (negro y blanco) que proporciona el ejército italiano.

Dejemos el cónclave cardenalicio y centrémonos ahora en otra cosa. Por ejemplo, en esta: Sherlock Holmes, el famoso detective que inventó Conan Doyle y al que le fijó la residencia en el 221 de Baker Street, de Londres, está inspirado en un personaje que realmente existió. ¿Quién fue este hombre? Se trata de un eminente cirujano llamado Joseph Bell que ocupó durante cincuenta años la cátedra de cirugía en la Universidad de Edimburgo. Alumnos suyos fueron los famosos médicos-escritores Robert Louis Stevenson (autor de emocionantes argumentos en sus novelas fantásticas y de aventuras, como la editada en 1883 con el título *La isla del tesoro*), James M. Barrie (genial creador de *Peter Pan*) y el propio Arthur Conan Doyle.

Joseph Bell gustaba de reunirse con sus alumnos en tertulias que, al margen exigencias y contenidos académicos, servían para lucir ante los educandos un asombroso caudal de acrobacias deductivas. Conan Doyle fue el único a quien encandiló con tales exhibiciones y en su autobiografía dio cuenta cabal de la gran impresión que en su época de discente le causaban los razonamientos dados por este profesor, no teniendo inconveniente en reconocer que sirvieron para inspirarle la creación del inmortal detective novelesco. Escribió que Bell les repetía una y otra vez:



Joseph Bell.



Jean de La Bruyère.

*“La mayoría de la gente ve, pero no observa. Fíjense en un hombre y encontrarán ustedes su nacionalidad escrita en su cara, sus medios de vida en sus manos y el resto de su historial en su modo de caminar, en sus modales, en sus objetos de adorno y en las hilachas pegadas a su ropa”.* Debió aprender bien la lección, pues al leer las novelas cuyo protagonista es Sherlock Holmes se constata que las reglas aplicadas por este a la deducción y el análisis son una copia de las preconizadas por el profesor.

Para probar esa copia basta con el siguiente hecho que Conan Doyle relata en su autobiografía: *“Un día —dice— estaba el profesor Bell auscultando en silencio a un paciente, cuando, al terminar el reconocimiento, le dijo: «Usted ha servido en el ejército, en un regimiento escocés, y no hace mucho que le han licenciado». El paciente respondió: «Así es, señor». El profesor continuó: «Usted era un oficial de alta graduación, destinado en Barbados». Con gran sorpresa, el paciente repuso: «Sí, señor». Entonces el doctor Bell se volvió hacia los alumnos y dijo: «Como pueden observar ustedes, aunque este es un hombre respetuoso, no se ha quitado el sombrero al entrar. Eso es algo que se hace en el ejército, donde se saluda sin quitarse la gorra, aunque debería haber aprendido las normas civiles una vez licenciado. Si se fijan bien, verán que esta persona tiene ese aire de autoridad que sólo poseen los escoceses. Y, en cuanto a Barbados, dado que su enfermedad es elefantiasis eso revela su estancia en las Islas Occidentales”.* Este discurso lo plasmó, casi al pie de la letra, en su novela *“El intérprete griego” (The Greek Interpreter)*.



Molino árabe en Córdoba.

Jean de La Bruyère, tutor y secretario del duque de Borbón, fue el escritor francés que, mediante la fórmula de la máxima y el comentario crítico, más arremetió en su época contra la decadencia de la moral y las costumbres. En uno de sus comentarios dice que la curiosidad no se inclina tanto a lo bueno y lo bello, como a lo que es raro. Puede que tuviera razón, pues no deja de ser raro —y, por tanto, curioso— que a ciertos licores de alta graduación alcohólica (por cierto, otra rara curiosidad es que la palabra alcohol, proveniente del árabe *al-koh'l*, signifique “antimonio pulverizado”) se les haya bautizado como “agua de fuego” o “agua que da vida”. Por ejemplo: la palabra whisky (la primera referencia escrita que parece ser existe sobre el whisky data de 1494, aunque hay investigadores que van aún más atrás y sugieren que el proceso de destilación de este licor era ya conocido en el siglo X) proviene del galés *uisge beata*, o sea, “agua de la vida”, coincidiendo en la denominación con otras bebidas espirituosas de similar o superior graduación obtenidas por destilación del vino y otras sustancias, como el aguardiente (“agua ardiente”) de España, el “agua de vida” (*eau de vie*) de Francia o la *acqua vita* de Italia.

Pondremos punto final refiriéndonos a algo de utilización tan común como es el pan o porción de masa de harina y agua que, después, de fermentada y cocida al horno, sirve de principal alimento en casi todos los países. Tiene su curiosa y pequeña historia, pues en un principio “se comían los granos de trigo sin ninguna preparación y tal como la naturale-

za los produce”, según informa el “Manual Enciclopédico ó Repertorio Universal” de Joseph Vanderlepe, editado en 1842. El filósofo Posidonio, natural de Apamea (ciudad griega situada junto al río Orontes), dio cuenta de que “*la simple experiencia de que molidos (los granos de trigo) por medio de la masticación se convertían en harina que, mezclada con la saliva y amasada con la lengua, proporcionaba un alimento nutritivo, fue suficiente para convertir el trigo en pan haciendo operaciones análogas, como fueron molerlos entre dos piedras, amasar la harina con agua y cocer la masa entre la ceniza caliente hasta llegar la invención de los hornos*”.

A partir de aquí, la labor de tener que reducir los cereales a harina dio lugar a la invención de los molinos, cuyo origen se pierde en la antigüedad más remota. Se sabe que los primeros molinos se hacían mover a fuerza de brazos, hasta que los árabes inventaron los molinos de viento. En cuanto a los hornos para cocer el pan, se dice —aunque nadie lo asegura— que fueron los árabes quienes también construyeron los primeros y que estos se introdujeron en Europa hacia el año 170 d. de C., de la mano del Imperio romano. Se sabe que hebreos y griegos contaron desde muy antiguo con hombres dedicados a preparar y cocer el pan, pero hasta el año 583 de la fundación de Roma no se afincó tal profesión en Europa y se tiene noticia de que ya en tiempo del emperador Augusto había, sólo en la capital del imperio, la friolera de 329 panaderías públicas.